

Cuando la misericordia se hace catequesis y la catequesis una obra de misericordia

Miguel López Varela

ESTUDIO TEOLÓGICO COMPOSTELANO

SANTIAGO DE COMPOSTELA

RESUMEN El presente artículo ofrece una reflexión catequética sobre las obras de misericordia desde la doble perspectiva de considerarlas como un contenido fundamental de la fe y como una finalidad educativa de la catequesis, y presentando la misma catequesis como una obra de misericordia con la que se enseña a quien no conoce a Dios. La reflexión se introduce con la historia de las obras de misericordia en la catequesis y en los catecismos, y se concluye proponiendo la educación “en” y “para”, “con” y “desde” la misericordia y sus obras como una *emergencia educativa* y un principio dinamizador y renovador de la catequesis.

PALABRAS CLAVE Obras de misericordia, educación catequética, pedagogía espiritual, pedagogía de la misericordia, emergencia educativa.

SUMMARY *The article provides a catechetical reflection on the works of mercy from a dual perspective: first, it deals with the fundamental contents of faith and the formative purpose of catechesis; second, it presents the same catechesis as a work of mercy, namely instructing those ignorant about God. The reflection begins with the history of the works of mercy in catechesis and in the catechisms. It concludes proposing formation “in” and “to”, “with” and “from” mercy and its works as an educational emergency, and as a dynamic and innovative principle of catechesis.*

KEYWORDS *Works of mercy, catechetical education, spiritual pedagogy, pedagogy of mercy, educational emergency.*

I. INTRODUCCIÓN

En el juego de palabras del título, casi como un trabalenguas, se encuentran los dos ejes fundamentales que estructuran este artículo, y cuyo

propósito es abordar, desde la perspectiva catequética, las obras de la misericordia; proponiendo al mismo tiempo la misericordia y sus obras como un principio dinamizador y renovador de la catequesis en este nuevo tiempo de evangelización y de nueva evangelización que vive la Iglesia.

En este Jubileo de la Misericordia el papa nos ha pedido a los cristianos que reflexionásemos, meditásemos y viviésemos “lo que la tradición de la Iglesia llama las obras de misericordia corporales y espirituales”¹. “Es mi vivo deseo –escribía en la Bula– que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales” (MV 15). El porqué de este deseo lo encontramos desarrollado por el Pontífice tanto en la Bula de convocación del Jubileo, *Misericordiae vultus (El Rostro de la misericordia)*² como en el Mensaje de la Cuaresma de este Año Jubilar:

- “Será un modo –escribía el Papa– para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza;
- ‘y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina’ (MV 15)”.
- Asimismo, el Papa indicaba que tal y como era su intención originaria, “la predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos” (MV 15b); y en relación a Dios Padre, como “criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos (MV 9).
- Finalmente, “ellas nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre los que seremos juzgados”³.

Estas razones, que podemos considerar como una motivación pastoral-evangelizadora y moral, justifican la actualidad de una reflexión teológica sobre las obras de misericordia. Pero un estudio de tipo catequético viene además justificado por la amplia presencia que las obras de misericordia tienen en la piedad y en los catecismos, sobre todo a partir de Trento. Esta reflexión

1 FRANCISCO, “*Misericordia quiero y no sacrificio*” (Mt 9,13). *Las obras de misericordia en el camino jubilar*, Mensaje para la Cuaresma 2016 (4 de octubre de 2015) 3.

2 *Id.*, Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia *Misericordiae Vultus* (=MV) (11 de abril de 2015).

3 *Id.*, Mensaje para la Cuaresma 2016, 3.

catequética, por otro lado, puede abordarse desde diversas perspectivas. La nuestra pretenderá un acercamiento holístico, que vaya más allá del aspecto moral de la educación de la fe. Lo haremos a partir de una integración de la reflexión catequética sobre los dos *ejes fundamentales* a los que nos referimos al inicio.

Así pues, en un primer momento, tal y como versa el título, *La misericordia se hace catequesis*, abordaremos la misericordia y sus obras como uno de los contenidos fundamentales en el que se debe ser educado, enseñado, instruido e iniciado en la catequesis y que, por ello, forma parte de los elementos doctrinales de los catecismos. La misericordia, en este caso, se convierte en objeto de la catequesis y en finalidad del proceso catequístico, el cual desarrolla funciones de educación, enseñanza, instrucción, aprendizaje e iniciación “en” y “para” la misericordia. La catequesis debe ayudar a los catequizandos a aprender a ser “Misericordiosos como el Padre” (Lc 6,36), ejercitándolos en el conocimiento de las obras de misericordia, e iniciándolos a una vida misericordiosa guiada por la práctica de las mismas.

En la segunda parte del título, *La catequesis es y hace una obra de misericordia*, se presentará la catequesis, en cuanto acto y proceso, como una obra de misericordia; o más precisamente, como una modalidad concreta de la segunda de las obras espirituales: “enseñar a quien no sabe”. De este modo, no sólo se educa en la catequesis “en” y “para” la misericordia, sino también “con” y “desde” la misericordia. Ésta marca el estilo con el que se realizarán las funciones de educación, enseñanza, instrucción, aprendizaje e iniciación de la catequesis. Este segundo aspecto, en definitiva, atiende al modo o a la pedagogía con la que se ha de desarrollar la catequesis, que no es otra que la pedagogía que en su misericordia, Dios en su Hijo con la fuerza del Espíritu, ha empleado y emplea con la humanidad.

Por lo tanto y en conclusión, nuestra perspectiva de estudio va más allá de la común consideración de las obras de misericordia como uno de los aspectos de la educación catequética de esa dimensión de la fe y la vida cristiana llamada moral o práctica; también supera la simple atención a uno de los contenidos de la catequesis específicamente moral; y, finalmente, va más allá de la pretensión de abordar una catequesis sobre las obras de misericordia. En realidad, secundando la invitación del Papa a considerar y vivir seriamente la misericordia y sus obras, nuestra reflexión catequética abre a una perspectiva más amplia y holística. La misericordia no es sólo considerada

una dimensión más de la fe, sino que, como señala el Papa, es su “síntesis” (MV 1), y el “ideal de vida” cristiana, a la vez que el “criterio de credibilidad de nuestra fe” (MV 9).

Se trata ésta de un perspectiva original, no sólo en el campo catequético y catequístico, sino también teológico en general y pastoral, ya que como recuerda el Papa, “tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia” (MV 10). Pues bien, está claro que ésta es la vía preferencial de la “Iglesia en salida” que el Papa Francisco sueña⁴, y también de la catequesis para la nueva evangelización. Concretamente, con el prisma de la misericordia, la catequesis y la reflexión catequética pueden profundizar en las dimensiones principales de la fe a las que educa: conocida y profesada; vivida y actuada; celebrada y orada; y, finalmente, comunitaria y comunicada o transmitida. Bajo esta nueva perspectiva, la catequesis encuentra en la misericordia otro rasgo definitorio de su identidad y de su tarea: ser y hacer una obra de misericordia.

II. LAS OBRAS DE MISERICORDIA: DE LA PALABRA DE DIOS A LA CATEQUESIS Y A LOS CATECISMOS

Las *obras de misericordia* tienen su origen y un fuerte arraigo en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo y en el Nuevo Testamento⁵, como también posteriormente en la tradición de la catequesis y de los catecismos. De ambos aspectos trataremos sucintamente a continuación, mostrando el proceso de apropiación y comprensión de las mismas por parte de la tradición eclesial, que ha sabido captar la importancia de las obras de la misericordia en la revelación bíblica, y transmitir las a la piedad popular a través de su inserción en la temática de las catequesis y en los contenidos de los catecismos.

4 FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (=EG) (24 de noviembre de 2013) 20-24.

5 Cf. S. PIÉ NINOT, “Las obras de misericordia corporales y espirituales”, en: PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN (PCPNE), *Misericordiosos como el Padre*. Subsídios para el Jubileo de la Misericordia 2015-2016 (Madrid 2015) 477-478.

1. ORIGEN BÍBLICO DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA

El papa Francisco, tras haber hecho un breve recorrido bíblico en la Bula del Jubileo, subraya que “como se puede notar, la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros. Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible (MV 9d). Por su parte, los estudios bíblicos⁶ han evidenciado en el texto sagrado la existencia de una sinfonía de significados de la misericordia de Dios con diversos movimientos o varios pasajes sucesivos⁷:

- Un primer movimiento que condujo a la conciencia de que el nombre de Dios es *misericordia* (cf. Ex 34,6; Sal 86,15; 103,8; 111,4; etc.); y que, por ser un Dios misericordioso, hace obras de caridad y misericordia con su Pueblo (cf. Sal 136)⁸;
- En un segundo momento la misericordia se convierte “en el término técnico que designa la obra caritativa “limosna”, como designación de la acción que realiza el bien en sentido de beneficencia, especialmente a favor de los pobres (cf. Pr 21,26; Dn 4,24; Tb 1,3; 4,5-11; Si 7,10; 17,22)”⁹;
- la misericordia, más tarde, se concreta en otras obras de caridad como son, por ejemplo, aquellas de los que habla el profeta Isaías: encadenados, oprimidos, hambrientos, vagabundos, desnudos, heridos; pobres, desgarrados, cautivos, prisioneros, afligidos (cf. Is 58,6-7; 61,1-2)¹⁰.
- un cuarto movimiento que desemboca en la gran obra de misericordia –en singular– que Dios cumple con su pueblo: Cristo, el rostro de la

6 Sobre la terminología y el sentido bíblico de la misericordia: L. HERIBERTO RIVAS, *Lo que dice la Biblia sobre... la Misericordia* (Madrid 2015); W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana* (Santander³2013) 47-85; P. FRAILE YÉCORA, *Entrañas de misericordia. Jesús, ternura de Dios* (Madrid 2015) 20-23; cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in Misericordia* (30 de noviembre de 1980) 52.

7 Cf. L. MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’. La ritrovata attualità di una tradizione”: *La Rivista del Clero Italiano* (2015) 11, 739. Un mayor desarrollo de este argumento se encuentra en: L. MANICARDI, *La fatica della carità. Le opere di misericordia* (Bose 2010).

8 Cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 478-480; HERIBERTO RIVAS, *Lo que dice la Biblia sobre... La Misericordia*, 19-38. En los Salmos es donde la misericordia se muestra como una de las características divinas más destacadas (cf. S. PINTO, “Los salmos de la misericordia”, en: PCPNE, *Misericordiosos como el Padre*, 10-68).

9 Cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 480. Estos textos señalados están presentes en el NT: Mt 6,2-4.; Hch 9,36; 10,2; 24,17.

10 Cf. *Ibid.*, 480-481 y 485-486.

Misericordia del Padre que pasó por el mundo obrando el bien y la misericordia (Mc 1,41; 6,34; Lc 7,13; etc.);

- finalmente la Iglesia, cuerpo del Rostro misericordioso de Dios (cf. 1 Co 12,27; Col 1,18; Ef 1,22-23; 5,30.32; Rm 12,5), desarrolla estas obras como si fuesen las manos con las que ella, fiel a su Señor, lo sirve en quien más sufre (cf. Mt 25,40).

Según los expertos, el pasaje del profeta Isaías (58,6-7) en particular, junto con otros textos bíblicos y la misma tradición judaica¹¹, sirvieron de inspiración para el texto paradigmático del juicio universal sobre el amor (Mt 25,35-36). Éste, a su vez, “constituye la base sólida de seis de las siete obras de misericordia corporales de la tradición cristiana, a las cuales se añadió posteriormente para llegar al septenario, cual número de plenitud, el ‘enterrar a los muertos’ sacado de Tb 1,17-20”¹². Las obras de misericordia en este texto se distribuyen en “tres pares con la forma simbólica de un tríptico”: dar de comer y de beber; acoger al forastero y vestir al desnudo; visitar al enfermo y al preso.

Por su parte, en los textos del Nuevo Testamento existe una gran novedad con respecto al Antiguo, pues la misericordia no se reduce a unos hechos u obras de caridad singulares, sino que Jesús mismo aparece como la gran obra de misericordia del Padre, la “misericordia encarnada”¹³. Él revela humanamente el rostro misericordioso de Dios; pasó por el mundo siendo misericordioso y haciendo obras de misericordia en su nombre, y de esta manera inauguraba el tiempo de la misericordia para la humanidad (cf. MV 1)¹⁴.

11 Acerca de la tradición judaica en torno a las obras de la misericordia: cf. MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 740-741.

12 PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 486 y 480. Como se comenta en estas páginas, “a su vez, Mt 25 es paralelo a los diversos catálogos de virtudes del Nuevo Testamento referidos a la *misericordia*”: 1 P 3, 8; Rm 12,8.15; Col 3,12; Hb 13,3 (cf. *Ibid.*, 485).

13 FRANCISCO, Mensaje para la Cuaresma 2016, 2.

14 La personalización de la misericordia en Jesús se observa incluso en las expresiones lingüísticas que se emplean en los textos. Así, aunque los evangelios mencionan sólo una vez las “entrañas de misericordia” (*splágnaieléous*) de Dios, el verbo “converse las entrañas” (*splágnizomai*), sin embargo, aparece con mucha frecuencia y siempre, salvo raras excepciones, tiene como sujeto a Jesús que, ante situaciones de sufrimiento y necesidad de las personas reacciona siempre con esta “conmoción” que se entiende como “misericordia” (Mt 15,32/Mc 8,2; Mt 14,14; Mt 9,36/Mc 6,34; Mt 20,34; Mc 1 41; Lc 7,13; Mc 9,22). Por otro lado, la súplica “¡Te pido que tengas misericordia!” (eléésón), que en AT se dirige a Dios, en cambio en los evangelios aparece repetidamente en la boca de los que se dirigen a Jesús en sus necesidades (Mt 9,27; 15,22; 17,15;

Según lo visto, la Misericordia en la Biblia no es una simple emoción o movimiento de compasión que resuena en el interior; un conmoverse el corazón ante el sufrimiento de los demás, sino que ésta después se vuelve ética, praxis, virtud, caridad. Según el lenguaje bíblico, la misericordia no sólo se siente, sino que se hace (cf. Gn 19,19; 21,23; 24,12; 40,14; Ex 20,6; Dt 5,10; Rt 1,8; etc.); la misericordia se requiere: “Anda y haz tú lo mismo” (Lc 10,37), le dijo Jesús al doctor de la ley a quien narró la parábola; y del mismo Jesús, al realizar sus curaciones, se dice de él que “todo lo ha hecho bien” (Mc 7,37; Hch 10,30); finalmente, la misericordia se exige para el que quiera ser de los discípulos de Jesús, pues por él éstos conocen perfectamente cuál es la voluntad de Dios, “misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 12,7), y cómo han de cumplirla: siguiendo la senda de Jesús y siendo “mansos y humildes de corazón” como Él (Mt 11,29)¹⁵.

A partir de esta convicción y sobre la base bíblica que hemos descrito, enseguida se desarrollará en la conciencia cristiana la importancia de una traducción práctica del amor de Dios¹⁶. Benedicto XVI, en su primera encíclica, *Deus Caritas est*, indicaba que en la Iglesia naciente, “con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio”¹⁷. Por ello, decía, “la Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos” (DCE 20), tal y como lo muestran tantos testimonios.

En este camino eclesial, tal y como indica el Papa emérito, “un paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para realizar este principio eclesial fundamental se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. Hch 6,5-6)” (DCE 21), creado precisamente para atender a las viudas y a los hijos huérfanos, y muy probablemente

Mt 20,30-31/Mc 10,47-48/Lc 18,38-39; Lc 17,13); cf. HERIBERTO RIVAS, *Lo que dice la Biblia sobre... la Misericordia*, 45-46.

Además: cf. FRAILE YECORA, *Entrañas de misericordia*, 140.

15 Cf. MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 739-740.

16 F. MANNS, “Les œuvres de miséricorde dans le quatrième Évangile”: *Bibbia e Oriente* (1985) 146, 218; tomado de MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 741.

17 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est* (=DCE) (25 de diciembre de 2005) 22.

también a ese colectivo de necesitados de la misericordia que se mostraban en los textos bíblicos. Unido a lo anterior, se conservan además abundantes testimonios que muestran que “la misericordia era el estilo de vida cristiano”; que en la liturgia la celebración de los misterios se vivía como un memorial de los eventos salvíficos de misericordia de Dios; o de cómo se realizaban obras de asistencia caritativa tales como las colectas¹⁸. Por último y en continuidad con la tradición judía, surgieron así mismo diversos “catálogos de virtudes en los que he encontrado cabida y es interpretada en concreto la misericordia”, y algunos de los cuales se han incluido en textos del Nuevo Testamento., como es el caso del “gran discurso de Jesús sobre el juicio universal”¹⁹.

2. DESARROLLO ECLESIAL DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA Y SU DIFUSIÓN EN LA CATEQUESIS

A partir sobre todo de “esta base del Nuevo Testamento, la tradición cristiana especificó luego qué significa en concreto la misericordia. Para ello diferenció y detalló siete obras de misericordia corporales y siete obras de misericordia espirituales”²⁰.

El establecimiento y definición de estas obras de misericordia, que al principio ni siquiera se llamarían así, no pretendían agotar las posibilidades de la misericordia en una relación limitada, sino ser simplemente indicativas. Esta pluralidad y variedad de listas expresan, por tanto, este carácter inagotable de la misericordia, la cual se juega siempre entre dos polos: uno permanente (su exigencia y fundamentación divinas) y otro cambiante (las diversas necesidades que sufre la criatura humana)²¹. Esta atención a las necesidades humanas como exigencia evangélica, simultáneamente con el análisis de los textos de ambos testamentos, a la luz del gran evento u obra de revelación-alianza-salvación y misericordia que es Jesús, fue el método que permitió a la Iglesia, ya desde los tiempos apostólicos (cf. CCE 128-129), ir definiendo la tradición

18 Cf. E. DAL COVOLO – V. GROSSI, “La misericordia en los Padres de la Iglesia”, en: PCPNE, *Misericordiosos como el Padre*, 151-164.

19 Cf. KASPER, *La misericordia*, 140.

20 *Ibid.*, 141.

21 Cf. MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 741-742.

de las obras de misericordia, hasta llegar a la formulación de las catorce que actualmente recoge el *Catecismo de la Iglesia Católica*²².

De hecho, la consideración de estas acciones de caridad y amor como “obras de misericordia” no surgiría, seguramente, hasta Lactancio (años 250-325). Los testimonios anteriores a él, e incluso algunos posteriores, prefieren emplear otras terminologías como “obras del bien” (Hermas, s. II), “acciones de la misericordia que deben acompañar a la oración” (san Cipriano de Cartago, †258) o “instrumentos de las buenas obras” o “del arte espiritual” (san Benito, años 480-547)²³. En cuanto al número, existían también muchas variaciones. Hermas presenta una enumeración de veinte. Otros autores se centran en las seis descritas por Jesús en Mt 25, como son el caso de san Ireneo de Lyon (años 130-200), Orígenes (años 185-254) o san Agustín (años 354-430). San Gregorio Magno (†604), en cambio, hará una interpretación espiritual de las cuatro acciones misericordiosas de Job (29,12-16.: pobre, huérfano, moribundo y viuda)²⁴; mientras que san Benito, que señala seis de ellas, mezclando obras corporales y espirituales, y añadiendo a su elenco una nueva muy original: “no desesperar nunca de la misericordia divina”²⁵.

Seis de las obras de misericordia corporales se habrían extraído de la lista hecha por el Señor mismo en su descripción del Juicio Final, inspirada a su vez, en la tradición de los profetas, sobre todo de Isaías. Se atribuye a Pedro Comestor (†1179), comentando el pasaje de Mt 25²⁶, el haber introducido por primera vez la séptima de las obras de misericordia, “enterrar a los muertos” (Tb 1,17s; 2,4; 12,12-13). Lo hacía siguiendo la preferencia del momento por los Septenarios, o serie de siete, como expresión de plenitud²⁷. La lista paralela de las obras de misericordia espirituales, por su parte, se ha construido a partir de diversos textos bíblicos, así como de actitudes y enseñanzas del mismo Cristo. Todo indica que esta lista surgía con Orígenes y su exégesis espiritual-alegórica de Mt 25²⁸. Más tarde con San Agustín se confirmaría “el paralelismo entre dos formas de obras de misericordia”, haciéndose posterior-

22 Cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 490-493; MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 742-747.

23 Cf. *Ibid.*, 490-491.

24 Cf. *Ibid.*, 490-492.

25 *La Regla de san Benito* IV, 14-19 y 74 (ed. española: Madrid 2000), tomado de KASPER, *La misericordia*, 141.

26 Cf. PEDRO COMESTOR, *In Evangelia*, n. 145.

27 Cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 493.

28 Cf. *Ibid.*, 491.

mente tradicional en autores como Cesáreo de Arlés († 542), Gregorio Magno, o Rabano Mauro († 856)²⁹; hasta que en el s. XII Pedro Comestor consolida el doble septenario paralelo³⁰.

El establecimiento de esta doble lista estereotipada fue posible gracias a un avance pedagógico importante que se dio en el campo de la catequesis, la creación de los llamados *Lucidarios*, *Septenarios* e *Interrogatorios*. Éstos “no son todavía catecismos propiamente dichos”, sino “libros de religión”, “manuales de vida cristiana” sobre los deberes de los cristianos seglares y la preparación a los sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia, y a la confesión anual. Contenían una sumaria exposición de la doctrina cristiana”, con el objetivo de ayudar a completar la enseñanza cristiana elemental que se ofrecía ordinariamente de palabra por medio del catecismo familiar y la predicación catequética en las parroquias³¹.

Las obras de misericordia es muy probable que formasen parte de estos septenarios tan populares. Éstos facilitaban la memorización entre la gente sencilla de la doctrina cristiana elemental, pues “los Septenarios exponen toda la doctrina cristiana a partir de estructuras septenarias (siete peticiones del Padrenuestro, siete obras de misericordia corporales y siete espirituales, siete sacramentos, siete dones del Espíritu Santo, siete vicios capitales y sus virtudes contrarias, etc.)”. “El hallazgo mnemotécnico alcanzó un gran éxito e influyó en santo Tomás y aun en los primeros catecismos del siglo XVI”³². De hecho, será con santo Tomás de Aquino (†1274), que se consolidará teológicamente la doble lista, justificándola evangélicamente desde la caridad, de donde la misericordia surge como la “mejor virtud”³³.

3. INTRODUCCIÓN DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA EN LOS CATECISMOS

Durante toda la Edad moderna, estas obras corporales y espirituales de misericordia gozaron de una extraordinaria popularidad y difusión, debido

29 Cf. MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 744-746

30 Cf. *Ibid.*, 746; PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 492-493.

31 Cf. M. MATOS HOLGADO – V. M^o PEDROSA ARÉS, “Catecismos y catecismo”, en: V. M^o PEDROSA *et al.* (dir.), *Nuevo Diccionario de Catequética* (Madrid 1999) 268.

32 *Ibid.*

33 Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Sth* II-II, q.23, a.2-3; cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 493.

a que fueron introducidas en los catecismos post-tridentinos de la Reforma católica como parte de las primeras enseñanzas y oraciones. La razón era clara: frente a la doctrina luterana que negaba el valor de las obras para la fe³⁴, los catecismos católicos tuvieron que afianzar su posición doctrinal. De este modo, las obras de misericordia se convertían en una señal inequívoca de la catolicidad de un catecismo frente a los reformados.

En pleno concilio de Trento, entre 1555 y 1559, con la pretensión de contrarrestar el éxito de los catecismos de Lutero, el jesuita Pedro Canisio publicaba en Alemania sus tres catecismos (Mayor, Mediano y Menor). Su contenido era dinámico, estructurado a partir de la vida teologal y el dinamismo interior de sus virtudes. A través de este catecismo se mostraba que el hombre, transformado por la fe, la esperanza y la caridad, y justificado por Dios, traduce su fe en obras. De este modo, la primera parte de los catecismos trataban sobre la sabiduría cristiana unida a cada una de las virtudes (el credo vinculado a la fe, la oración a la esperanza, los mandamientos a la caridad, y se exponían también los sacramentos). En la segunda parte, se presentaba la justicia cristiana en las situaciones de la vida ordinaria a través de una acumulación de muchas fórmulas medievales como la lista de vicios y virtudes, los dones, las bienaventuranzas, los consejos evangélicos, y también las obras de misericordia³⁵.

En 1566, tres años después de la clausura del Concilio de Trento (1545-1563), se publica el llamado *Catecismo romano, tridentino*, de san Pío V, o *Catechismus ad parochos* (1566). A pesar de que este catecismo logró seleccionar y ordenar de manera magistral las fórmulas o estructuras catequísticas más importantes (el símbolo, los sacramentos, los mandamientos y la oración dominical)³⁶, curiosamente no cita ni recoge las obras de misericordia. No obstante, éstas se encuentran presentes en dos catecismos postridentinos publicados, respectivamente, por los jesuitas españoles Gaspar Astete (1599 o incluso 1586) y Jerónimo de Ripalda (1591). Ninguno de ellos se inspira en el *Catecismo romano*, pero han sido los catecismos más utilizados en las dióce-

34 En efecto, en la estructura de los catecismos de Lutero, la misericordia –aunque no hable de las obras de Misericordia– se abordaba en la segunda parte, la que correspondía al credo, donde se enseña la misericordia que Dios ha ofrecido en Jesucristo: cf. Á. MATESANZ RODRIGO, “Historia general de la catequesis” en: PEDROSA *et al.* (dir.), *Nuevo Diccionario de Catequética*, 1139.

35 Cf. *Ibid.*, 1140; MATOS HOLGADO – PEDROSA ARÉS, *Catecismos y catecismo*, 270.

36 Cf. MATOS HOLGADO – PEDROSA ARÉS, *Catecismos y catecismo*, 270.

sis de España y también en muchas de Latinoamérica hasta 1960³⁷. En ambos están presentes las 14 obras de misericordia que el cristiano tiene que saber y practicar, divididas en dos septenarios, uno para las espirituales y otro para las corporales. Astete las sitúa al final de la tercera parte como complemento de los Mandamientos; Ripalda, por su parte, al final de los Sacramentos como coronación de la vida cristiana³⁸.

Desde entonces, de manera generalizada y siguiendo el clásico doble septenario, se explicarán las obras de misericordia como determinadas acciones de caridad y solidaridad que merecen una atención especial. Vale la pena mencionar el caso particular del Catecismo Mayor (1905) de San Pio X, que nunca llegó a ser oficialmente un catecismo obligatorio para toda la Iglesia, sino sólo para la diócesis de Roma, pero que sin embargo tuvo una gran difusión. Pretendió ser un resumen del Catecismo Romano de Trento, y para muchos expertos sigue siendo la mejor síntesis de la doctrina católica a su nivel. Las obras de Misericordia las incluye en el cuarto capítulo titulado “De las virtudes principales y de otras cosas necesarias que ha de saber el cristiano”, entre las bienaventuranzas evangélicas y los pecados y sus principales especies³⁹.

El actual *Catecismo de la Iglesia Católica* (1997), reorientaría el tratamiento de las obras de misericordia a su dimensión evangélica, situándolas en sus textos bíblicos, de modo especial en el de la parábola del juicio final (Mt 25,31-36). Las sitúa en la tercera parte dedicada la *Vida en Cristo*; y, concretamente, dentro de la *segunda sección*, sobre los mandamientos, en el séptimo artículo donde aborda el séptimo de ellos y en una pequeña sección titulada “El amor a los pobres” (cf. CCE 2447). Esta colocación es más explícita en el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* (2005), donde las obras de misericordia se encuentran dentro de la respuesta a la pregunta n. 520 sobre el amor a los pobres. Las obras de misericordia se relacionan con diversas realidades de “pobreza material” y con “numerosas formas de pobreza cultural, moral y religiosa”⁴⁰.

Recientemente, el 22 de febrero de 2015, el papa Francisco obsequiaba un libro de bolsillo, por manos de varios indigentes de Roma, a los peregrinos

37 Cf. MATESANZ RODRIGO, *Historia general de la catequesis*, 1140; MATOS HOLGADO – PEDROSA ARÉS, *Catecismos y catecismo*, 271.

38 Cf. *Catecismo de los Padres Ripalda y Astete* (Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, Madrid 1800) (4 tomos).

39 Cf. *Catecismo Mayor: prescrito por san Pio X* (Madrid 1971) 942-945.

40 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio* (Madrid 2005).

durante el rezo del Ángelus en la Plaza de San Pedro. Explicó que “este libro recopila algunas enseñanzas de Jesús y los contenidos esenciales de nuestra fe”. Este folleto, que bien podría pasar por uno de los clásicos septenarios o manuales de vida cristiana, contenía también las obras de misericordia, a continuación de los “Mandamientos y preceptos”, y antes de las “Virtudes y vicios”⁴¹.

Finalmente, entre los Catecismos españoles recientes, las obras de misericordia aparecían distribuidas, según el clásico doble septenario, en el Catecismo Nacional de Segundo Grado, aprobado por el episcopado español en 1958, y redactado según el modelo de los catecismos de Astete y Ripalda. Este catecismo contiene la doctrina que han de aprender los niños que hayan recibido la primera Comunión y estén bien instruidos en las nociones del Catecismo de Primer Grado (1957). Las sitúa como conclusión de la parte preliminar titulada “Profesión de fe”, después de “El Mandato nuevo de Jesús”⁴². Aparecen también en el Catecismo de Tercer Grado, publicado en 1962, que sistematiza los contenidos anteriores con más claridad.

Consecuentemente, las obras de misericordia pasaron a incluirse en el equivalente actual Catecismo de la Conferencia Episcopal Española, *Testigos del Señor*, pensado para los niños y adolescentes de entre 10 y 14 años que ya han recibido la primera comunión. Las coloca en las páginas finales que reproducen, adaptándolo, el contenido del Catecismo de Segundo Grado, situándolas de nuevo en la sección de las “Fórmulas de la fe”, pero en este caso entre “Los cinco mandamientos de la Iglesia” y “Los sacramentos”⁴³.

Para concluir, las obras de misericordia están contenidas en dos de los cinco primeros volúmenes de los *Catecismos Escolares* que la Conferencia Episcopal publicaba en 1968. Inicialmente se encontraban en el 4º y 5º volumen, aunque más tarde, en 1972, cuando se complementó la serie con un nuevo volumen n. 4º, pasarían a ser el 5º y 6º respectivamente⁴⁴. Estos catecismos constituyen la adaptación y graduación escolar oficial de los tres grados del Catecismo Nacional de acuerdo con la temática de los nuevos programas de

41 *Custodia el corazón*, en <<https://www.aciprensa.com/Docum/CustodiaElCorazonPapaFrancisco.pdf>> (29-04-2016).

42 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA – SECRETARIADO CATEQUÍSTICO NACIONAL, *Catecismo de la Doctrina Cristiana. Segundo Grado. Texto nacional* (Madrid 1958) 8.

43 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Testigos del Señor. Catecismo de la Conferencia Episcopal Española* (Madrid 2014) 262.

44 Cf. B. GROM – J. R. GUERRERO, *El anuncio del Dios cristiano. Análisis y consecuencias para la educación de la fe* (Salamanca 1979) 241-242.

religión. En ellos, “la materia de cada catecismo se distribuyó según el orden de la historia de salvación y del año litúrgico”⁴⁵. Sin embargo, las obras de misericordia mantuvieron su misma colocación, es decir, al final de ese inicial apartado de la “Profesión de fe”, tras “Las bienaventuranzas”⁴⁶.

III. LA MISERICORDIA SE HACE CATEQUESIS: EDUCA “EN” Y “PARA” LA MISERICORDIA

Según cuanto se ha visto, las obras de misericordia forman parte de los contenidos esenciales de la enseñanza catequética y de los catecismos y, a través de estos, también de la tradición y de la piedad cristiana. Es en este sentido que decimos que la misericordia se ha hecho catequesis, es decir, objeto y contenido de la misma (*fides quae*). A su vez, y de acuerdo con su finalidad específica, la catequesis lleva a la confesión de la fe. De este modo, el ejercicio de la misericordia en sus obras se vuelve un momento de adhesión (*fides qua*) y confesión de la propia fe. En este Año Jubilar en el que el papa Francisco invita a contemplar, reflexionar y vivir las obras de misericordia, la catequesis está llamada a asumir la educación en las mismas como una prioridad, sabiéndolas encuadrar adecuadamente dentro de los contenidos catequéticos: proponiéndolas como una adecuada síntesis y como un momento de adhesión y confesión de la fe⁴⁷.

Por otra parte, la catequesis es urgida a realizar un segundo servicio, educar “en” y “para” la misericordia, puesto que ésta es una dimensión central para la fe y la vida de la Iglesia, así como tan necesaria en el mundo de hoy. Por lo tanto, no sólo enseñar las obras de misericordia, sino educar a ser misericordiosos como lo es Dios Padre.

45 E. YANES ÁLVAREZ, “Movimiento catequético español”, en: PEDROSA *et al.* (dir.), *Nuevo Diccionario de Catequética*, 1571-1572.

46 COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA, *Catecismo Escolar* 1º, 2º, 3º, 4º y 5º (Madrid 1977).

47 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis* (Madrid, reimpresión 2005) 85, 92, 144 (en adelante DGC seguido del número del documento).

1. LAS OBRAS DE MISERICORDIA EN LA CATEQUESIS, CONTENIDO Y ACTO DE LA CONFESIÓN DE LA FE

El estudio sobre las obras de misericordia en la Biblia, su elaboración teológica posterior y, sobre todo, su rápida y amplia difusión en las catequesis y su inserción en los catecismos, muestran la importancia que para la educación y la confesión de la fe tuvieron éstas. Tal y como indica el DGC, “la catequesis es esa forma particular del ministerio de la Palabra que hace madurar la conversión inicial hasta hacer de ella una viva, explícita y operativa confesión de fe: “La catequesis tiene su origen en la confesión de fe y conduce a la confesión de fe” (cf. DGC 82). Era lógico, pues, que las obras de misericordia formasen parte de los contenidos de la catequesis, pues ellas muestran perfectamente lo que significa una fe “viva” y “operativa”.

Por su parte, el lugar de colocación dentro de los catecismos, nos ofrece el contexto temático en el que deben ser tratadas y comprendidas las obras de misericordia en nuestras catequesis: en la parte dedicada a “la vida en Cristo” o la dimensión moral de la fe. Habitualmente se las sitúa como complemento de las bienaventuranzas, del Mandato nuevo de Jesús o de los mandamientos y preceptos; incluso al final de los Sacramentos, como coronación de la vida cristiana; aunque lo más corriente es que las obras de misericordia precedan a los sacramentos, o vayan antes de los pecados y sus principales especies, o de la sección de las virtudes y vicios. De este modo, la misericordia y sus obras además de un contenido doctrinal de la fe, se consideran un “programa” o un “estilo de vida”, y se vuelven un “imperativo de Jesús” para “cuantos escuchan su voz” (MV 13).

Todos los contenidos de la fe, de los cuales el *Catecismo de la Iglesia Católica* es el “texto de referencia doctrinal para la catequesis” (DGC 93), están siempre al servicio de la confesión de la fe (cf. DGC 82). Pero las obras de misericordia, por su parte, como contenidos esenciales de la fe, pueden ser igualmente consideradas modos de *fe en acción* y, por ende, un acto de confesión de fe, o una confesión de fe en acto, implícita, aunque viva y operativa (cf. DGC 82). De hecho, Cristo ha indicado explícitamente que en ningún otro aspecto es tan claramente medida la fe como en la forma en que la que se trata “a uno de estos hermanos míos más pequeños” porque “a mí me lo hicisteis”, dice el Señor (Mt 25,40).

Al respecto, el Papa recordaba que “las obras de misericordia son precisamente lo concreto de nuestra confesión de que el Hijo de Dios se hizo carne”, “porque cada hermano nuestro, que debemos amar, es carne de Cristo: Dios se hizo carne para identificarse con nosotros, y lo que sufre es el Cristo que lo sufre”⁴⁸. “En cada uno de estos ‘más pequeños’ –afirmaba en la Bula– está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga ... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado” (MV 15).

En conclusión, realizar una de estas obras, no sólo es poner en práctica la fe, sino realizar propiamente un acto de fe, confesar de manera implícita nuestra fe. Se entiende así que la perspectiva catequética adecuada para tratar estas obras no se limita a la dimensión moral de la fe, y por lo tanto tampoco se circunscribe a la parte de los catecismos que se dedica a la vida cristiana (*lex vivendi*), sino que se insertan dentro de un horizonte más amplio que implica el resto de dimensiones de la existencia cristiana; y, por ello, se vuelve un “tema bíblico o teológico de gran densidad” y un contenido transversal de los catecismos (cf. DGC 135). Las obras de misericordia, pues, permite esa unión y equilibrio nunca fácil entre *ortodoxia* y *ortopraxis*⁴⁹. En ellas ambos aspectos de la fe se fusionan: la fe profesada, celebrada, orada, por un lado; y la fe vivida y testimoniada, por otro.

Una ulterior comprensión de las obras de misericordia nos la da el cardenal Kasper cuando advierte “que ni las obras de misericordia corporales ni, en especial, las espirituales tienen que ver con la transgresión de preceptos divinos explícitos”, sino con “la omisión del bien”. Lo que importa –continúa diciendo– es, de nuevo, obrar la mayor justicia posible (cf. Mt 5,20)”, entendida ésta como una “superación de la autorreferencialidad, que nos enroma y enceguece para las necesidades corporales y espirituales de otros. Se trata –dirá– de vencer la dureza del corazón ante la llamada de Dios, que nos llega a través del encuentro con la necesidad de los demás”⁵⁰.

La justicia a la que se refiere el cardenal Kasper tiene que ver con “cuatro clases de pobreza” que pueden considerarse representativas de las miserias que el ser humano puede sufrir: “pobreza física y económica”, “pobreza cul-

48 FRANCISCO, Homilía de la Misa Matutina en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae* (7 de enero de 2016).

49 Cf. F. MERLOS ARROYO, “Ortodoxia y ortopraxis”, en: PEDROSA et al. (dir.), *Nuevo Diccionario de Catequética*, 1714-1718.

50 KASPER, *La misericordia*, 141.

tural”, “pobreza relacional” y “pobreza espiritual o anímica”. Atender a todas ellas es fundamental porque “la misericordia sólo hace justicia al ser humano cuando, lejos de colocar a la persona que padece necesidad en una perdurable situación de dependencia, es ayuda para que el necesitado se ayude a sí mismo, ayuda para la autoayuda” y “ello únicamente es posible cuando también se remedia la pobreza cultural, social y espiritual”. La división de las obras de misericordia entre corporales y espirituales, lejos de ser “ingenua y caprichosa” responde a esta motivación⁵¹.

En cuanto a las *obras corporales de misericordia*, las seis de las que habla Mt 25, a la que se le añade sepultar a los muertos, atestiguada en Tobías, cada una de estas obras pone remedio a una deficiencia o carencia del prójimo, bien sea interna como externa: dar de comer al hambriento (Mt 25,35); dar de beber al sediento (Mt 25, 35); vestir al desnudo (Mt 25,36); acoger al forastero (Mt 25,35); asistir a los enfermos (Mt 25, 36); visitar a los presos (Mt 25,36); enterrar a los muertos (Tb 1,17; 12,12-13.)⁵².

Por su parte, *las siete obras espirituales*, que surgían de la lectura alegórica de las anteriores⁵³, y que por lo tanto no están asociadas a un único texto bíblico, responden al deseo de solventar las necesidades espirituales de las personas: implorando auxilio a Dios, interviniendo directamente en favor del prójimo para alentarlo y orientarlo, o bien reaccionando a los desarreglos de su conducta para corregirlo, soportarlo o perdonarlo. Buscan, por lo tanto, servir a las personas de manera que las edifique y así puedan construir grupos, familias y comunidades fraternas y solidarias⁵⁴. Estas obras y sus textos bíblicos de referencia son: dar consejo al que lo necesita (Pr 11,14; Si 21,13; Dn 12,3); enseñar al que no sabe (Hch 8,30-31; Mt 23,10); corregir al que

51 Cf. *Ibid.*, 141-142. Otros autores han dividido las obras de misericordia en categorías diversas según otros criterios de clasificación: cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 494 y 507. Por otro lado, el elenco de las obras de misericordia siempre se ha considerado abierto, como un punto de referencia. La tradición ha señalado esta doble serie de siete obras espirituales y corporales porque, a partir de la revelación bíblica, en ellas ha visto que se recoge todas las necesidades que se piensa que puede sentir el hombre. Los actuales tiempos cambiantes hacen que, por desgracia, siempre aparezcan nuevas necesidades y miserias. Desde este punto de vista, se podría pensar entonces en nuevas obras de misericordia: “acoger/educar a los niños”, “perdonar las deudas”, “liberar a los esclavos”, “repartir las tierras, compartir los bienes” (cf. X. PIKAZA IBARRONDO – J. A. PAGOLA, *Entrañable Dios. Las obras de misericordia: hacia una cultura de la compasión* [Estella 2016], 165-172). Además: cf. KASPER, *La misericordia*, 141-142.

52 Cf. PIÉ NINOT, *Las obras de misericordia corporales y espirituales*, 495-506.

53 Cf. *Ibid.*, 507-518.

54 Cf. *Ibid.*, 507.

yerra (Mt 18,15-17; Tt 3,10); consolar al triste (Is 40,1; 49,13; Lc 2,25; 1 Jn 2,1; Mt 5,5; 2 Co 1,3-5; Flp 2,1; 1 Co 14,3; Rm 15,5; 2 Co 7,6, etc.); perdonar las ofensas (Ex 34,6; Sal 86,5; 103,3; Mt 5,44); soportar con paciencia a las personas molestas (Pr 16,32; 25,15; Si 7,8; Job 1,21; 2,10; St 5,11 y 1,2-4; Mt 5,45; Ga 5,22; Rm 5,3-5; 1 Co 13,1-13.4.7; Ef 4,32); y, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos (St 5,15.16; 2 Cro 7,14; 2 M 12,41-45; Ct 8,6).

2. UNA CATEQUESIS SOBRE LAS OBRAS DE MISERICORDIA QUE EDUCA “EN” Y “PARA” LA MISERICORDIA

El *Directorio General para la Catequesis* define “la catequesis como escuela de fe, un aprendizaje y entrenamiento de toda la vida cristiana” (DGC 30). Como tal desarrolla una “formación integral” (DGC 29), “orgánica y sistemática de la fe” (DGC 67). Por otro lado, “esta formación orgánica es más que una enseñanza: es un aprendizaje de toda la vida cristiana, “una iniciación cristiana integral”, que propicia un auténtico seguimiento de Jesucristo, centrado en su Persona” (DGC 67). La catequesis es, por lo tanto, “una enseñanza y aprendizaje convenientemente prolongado de toda la vida cristiana”⁵⁵. Precisamente, esa iniciación “en la plenitud de la vida cristiana” (DGC 63), “esa indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo es lo que, principalmente, distingue a la catequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios” (DGC 67).

De este modo, la catequesis, “promueve y hace madurar” la “conversión inicial, educando en la fe al convertido e incorporándolo a la comunidad cristiana” (DGC 61). Lo hace ejerciendo “al mismo tiempo, tareas de iniciación, de educación y de instrucción” así como “de enseñanza” (DGC 68; 144) “de las diferentes dimensiones de la fe” y de “todas las esferas de la vida cristiana” (cf. DGC 84; 85-87); pues en efecto, y “en virtud de su misma dinámica interna, la fe pide ser conocida, celebrada, vivida y hecha oración”, además de compartida y vivida en la comunidad cristiana, y anunciada en la misión (cf. DGC 84; 85-87).

A partir de esto, en nuestro contexto concreto, educar “en” y “para” la misericordia implica, en primer lugar, considerar la misericordia no sólo como

55 JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Catechesi Tradendae* (=CT) (16 de octubre de 1979) 47b.

una nueva dimensión o una dimensión más de la fe que hay que educar, sino como una que es fundamental. Ella es su síntesis, y a la vez nos permite iluminar y comprender todo el resto de elementos de la fe, a la par que estructurar una personal confesión de fe que sea “viva, explícita y operante” (DGC 82). El Papa, en efecto, afirma en su Bula jubilar que “la misericordia” constituye, posiblemente, la “síntesis” “del misterio de la fe cristiana” (MV 1), “el núcleo del Evangelio y de nuestra fe” (MV 9) o “lo específico de la fe cristiana”⁵⁶, ya que es “el centro de la revelación de Jesucristo” (MV 25), y por ello “contenido esencial del Evangelio”⁵⁷ y “corazón palpitante” del mismo (MV 12). Ella es, por lo tanto, “la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad” (MV 2), mostrando que la “esencia de Dios es misericordia”⁵⁸. Además es el “ideal de vida” cristiana, y el “criterio de credibilidad de nuestra fe” (MV 9), así como “la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia” y su “credibilidad” (MV 10).

Educar “en” y “para” la misericordia significa, consecuentemente, enseñar y habilitar al creyente para que pueda confesar, celebrar, vivir, orar y testimoniar la misericordia⁵⁹, bien de manera explícita, o bien implícitamente. De manera implícita, a través de todos y cada uno de los misterios de la fe que se confiesan, celebran, oran, viven y testimonian, pues la misericordia es síntesis doctrinal, ideal de vida cristiana y criterio de credibilidad del anuncio de la fe. De manera implícita, poniendo en práctica, concretamente, la misericordia; es decir, para vivir y practicar todas y cada una de las obras de misericordia dentro de la Iglesia y en mundo, en cada momento y en todo lugar. Las obras de misericordia, dirá el Papa, “nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre los que seremos juzgados”⁶⁰. Se necesita para ello realizar catequesis específicas sobre las obras de misericordia que instruyan a los fieles en su significado más profundo. Éstas han de tener el ejercicio de las obras de misericordia no sólo como un término, sino también como el camino o metodología de la misma acción catequística. De este modo, *educar en y para la misericordia* es educar para aprender a hacer

56 Cf. FRANCISCO, Audiencia General (9 de diciembre de 2015).

57 *Ibid.*

58 Cf. *Ibid.* En otro lugar se le denomina “el atributo más estupendo del Creador y del Redentor” (MV 11).

59 Para una mayor profundización en este aspecto: cf. G. FALANGA, “Predicare, celebrare e praticare la misericordia”: *Asprenas* 62 (2015) 101[341]–116[356].

60 FRANCISCO, Mensaje para la Cuaresma 2016, 3.

el bien y combatir el mal, y hacerlo de una manera muy práctica y directa ejercitando las obras de misericordia⁶¹.

En segundo lugar, se educa “en” y “para” la misericordia para que ésta se convierta en el “programa de vida” y en el “estilo de vida” de todo cristiano, ya que este “imperativo de Jesús se dirige a cuantos escuchan su voz” (MV 13). Pero en realidad, antes de ser un imperativo, “sed misericordiosos” (Lc 6,36), lema del Jubileo, es la afirmación de una doble posibilidad: la de participar de la misericordia divina; y, consecuentemente, la de poder ser misericordiosos con los demás, sobre todo con los que más sufren⁶². Sólo desde la misericordia divina, fuente de toda misericordia humana, se puede entender y cumplir el mandato del Señor. “Es sobre esta misma amplitud de onda –dirá el Papa– que se debe orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros” (MV 9d). En síntesis, “estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia”.

De esta forma, la misericordia “se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos” (MV 9c) y, simultáneamente, para comprobar si “vivimos o no como discípulos suyos” (MV 15b). Como reza el antiguo himno de la Iglesia Oriental, “*Ubi caritas et amor Deus ibi est*” (“Donde hay caridad y amor allí ésta es el Señor”), del mismo modo, también allí “donde la Iglesia esté presente”, “dondequiera que haya cristianos”, “allí debe ser evidente la misericordia del Padre” y “cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia” (MV 12 y 13).

Finalmente, educar “en” y “para” la misericordia es educar “en” y “para” un auténtico humanismo, y hacerlo en una sociedad y en una cultura modernas que, debido a los adelantos técnicos y científicos, parece querer prescindir de la misericordia y arrancarla, incluso, del corazón humano. Contrariamente, hoy

61 La tarea educar a aprender a hacer el bien y rechazar y luchar contra el mal se realiza, habitualmente, a través de la educación y la práctica de las virtudes teologales, los mandamientos, las bienaventuranzas, los consejos evangélicos, etc. Todo ello permite despertar en el catecúmeno la capacidad de discernimiento autónomo de lo que está bien, apoyándose en la razón y la fe, a través de la luz de los criterios de la Palabra de Dios y de la Iglesia; así como aprender a luchar también contra el mal (cf. C. FINO, “Que signifie apprendre à faire du bien?”, en: H. DERROITTE – I. MOREL – J. MOLINARIO, *Les catéchètes dans la mission de l’Eglise* [Paris 2016] 155-179). Las obras de misericordia, por su lado, nos ofrece una vía complementaria, quizá incluso más práctica, para ejercitarse en la vida moral de la fe.

62 Cf. MANICARDI, “Le ‘opere di misericordia’”, 739.

son tantos los hombres y mujeres que claman por misericordia en esta difícil y crítica fase de la historia (cf. MV 11). La Iglesia, especialmente en este Año Jubilar, afirma que no hay ninguna de las aspiraciones del ser humano que, de una u otra forma, no hallen respuesta en las catorce obras de misericordia, todas ellas cargadas de un profundo humanismo. Éstas pueden crear esa cultura de la misericordia que tantos reclaman y anhelan.

IV. LA CATEQUESIS ES Y HACE UNA OBRA DE MISERICORDIA: EDUCAR "CON" Y "DESDE" LA MISERICORDIA

La catequesis también puede ser considerada, en sí misma, una obra de misericordia, la cual se asocia a la segunda del grupo de las espirituales: *enseñar a quien no sabe*. Cuando ésta se realiza, se cumple una obra de misericordia que contribuye a un aprendizaje vital de toda la vida cristiana y de la fe en todas sus dimensiones. Este aprendizaje saca al hombre de la peor de las ignorancias, que es no conocer a su Creador y el destino que le espera. Por ello viene realizado "con" y "desde" la misericordia.

1. LA CATEQUESIS, UNA OBRA DE MISERICORDIA ESPIRITUAL: ENSEÑAR A QUIEN NO SABE

El recorrido bíblico e histórico realizado ha mostrado que la misericordia, lejos de ser sólo un sentimiento interno de quien se compadece de la miseria del otro, implica siempre un movimiento que conlleva un actuar, una praxis, una ética, una virtud. Por su parte la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios y cuerpo de Cristo, que es rostro de la misericordia de Dios, camina por el mundo confesando, celebrando, viviendo, orando, testimoniando y anunciando su fe en el Dios misericordia, y concreta esta fe en obras específicas de misericordia corporales y espirituales, que continúan el obrar misericordioso de Dios en Jesús por la fuerza del Espíritu.

La catequesis puede considerarse una obra de misericordia, si bien no en sí misma, sí por ser una aplicación o concreción de la segunda de las obras de misericordia espirituales: *enseñar a quien no sabe*. Todas las obras

de misericordia permiten solventar una necesidad concreta del hombre, a la vez que procurar los medios para que no se necesite más de la ayuda de los demás. Ésta es, por lo tanto, la verdadera justicia que pretende toda obra de misericordia tanto corporal como espiritual, tal y como se ha indicado en precedencia. De manera particular, ésta se cumple cuando se trata de remediar las pobrezas de tipo cultural, social y espiritual, las pobrezas más específicas del ser humano; y en el caso concreto de “enseñar a quien no sabe” es un hecho. Primero, porque pone en disposición a quien aprende de poder él también ayudar a los que se encuentren en esa misma situación; y en segundo lugar, porque esta obra de misericordia tiene una repercusión colectiva, comunitaria, social y también eclesial más amplia, pues contribuye al bien común de una manera multiplicativa. En conclusión, éste “dar de comer”, aun cuando no sea corporal, se vuelve imprescindible para el ser humano, ya que la desnutrición llevaría a la deshumanización. Quizás por ello algunos la han considerado como la “obra de misericordia espiritual por excelencia”⁶³.

La catequesis pretende introducir al cristiano en la vida de la fe, a través de un aprendizaje integral y orgánico de la vida cristiana. Como obra de misericordia, la catequesis enseña los rudimentos de la fe a quien habiéndose convertido a Dios desea conocerlo más; a quien por su parte ya conoce lo fundamental de Él y lo confiesa por la fe y las obras, la catequesis le ayudará a progresar en la vida de fe y en la caridad por un mayor conocimiento y aprendizaje de Dios; y a quien por motivos diferentes, habiéndolo conocido, vive alejado de la fe, por la catequesis se le ayudará a redescubrirlo de nuevo. Como acción misericordiosa “tiende, pues, a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella” (CT 20)

Para un cristiano no hay mayor ignorancia que el desconocimiento de Dios, pues supone desconocer el origen y el fin o vocación altísima a la que está llamado el hombre. Por ello, enseñar a quien no conoce a Dios, es una de las más importantes obras de misericordia: “Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al

63 Cf. C. BIANCO, “Insegnare agli ignoranti. Attualità della tradizione sul ‘Maestro interiore’”: *Asprenas* 62 (2015) 172 [412].

Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina”⁶⁴. Ésta es la voluntad de Dios, y a su servicio está la catequesis.

Por su parte y unido a lo anterior, existe un motivo fundamental por el cual la catequesis puede considerarse una obra espiritual de misericordia. Más allá del hecho de que con la catequesis se desarrolla una tarea de enseñanza y aprendizaje que enriquece el espíritu humano, la justificación más profunda que la ratifica teológicamente esta identidad y vocación espiritual se encuentra en el hecho de que siendo Dios mismo quien la realiza, en el caso concreto de la catequesis se ve, particularmente, el actuar del Espíritu de Jesús en el espíritu humano, entendido éste último no en un sentido genérico, como antes, sino teológico.

El ser humano, según la fe cristiana, es fundamentalmente una unidad corporal y espiritual. San Pablo habla en sus escritos del hombre viejo guiado por las fuerzas de la carne, y cuyas obras son “lujuria, impureza, desenfreno, idolatría, supersticiones, enemistades, disputas, celos, iras, litigios, divisiones, partidismos, envidias, homicidios, borracheras, comilonas y cosas semejantes” (Ga 5,19-21). El hombre nuevo, en cambio, es un *hombre espiritual*, porque se deja guiar por el Espíritu, y sus obras son: “amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo” (Ga 5,22-23). Este espíritu es la *ruaj*, es el principio poderoso que, procediendo del mismo Dios, anima con fuerza la existencia humana y es capaz de transformar al hombre⁶⁵.

En consecuencia, la catequesis, como una obra espiritual, pretende ayudar a los catequizandos, a través del aprendizaje y la enseñanza que llevan a la inteligencia de la fe, a dejarse guiar por el Espíritu para ser hombres nuevos y morir al hombre viejo y al pecado (cf. Rm 6,6). Esta obra de misericordia secunda la acción del Espíritu en el hombre para ayudarlo a despojarse de la “vida pasada, del hombre viejo, corrompido por las concupiscencias engañosas” (Ef 4,22), y de “sus obras” (cf. Col 3,9); para que, en cambio, puedan vivir como hombre renacido a una nueva vida por el bautismo; y revestido de Jesucristo y olvidándose de las obras de la carne (cf. Rm 13,14; Ef 2,24; Ga 3,27), realizar las obras espirituales que conviene al hombre nuevo en Cristo.

64 CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum* 2.

65 Cf. J. A. MAYORAL LÓPEZ – M. HERRÁIZ GARCÍA, “Hombre nuevo”, en: PEDROSA *et al.* (dir.), *Nuevo Diccionario de Catequética*, 1151-1152; A. MARTÍNEZ SIERRA, *Antropología Teológica Fundamental* (Madrid 2002) 97.

Por este motivo, la catequesis se convierte más que nunca en un aprendizaje, en cuanto que es una escucha, una aprehensión –captación y aceptación subjetiva de un contenido de consciencia⁶⁶–; y es un aprendizaje espiritual, porque se desarrolla en el ámbito espiritual de la persona y está suscitado por el Espíritu de Jesús. De este modo, “el mismo Espíritu da testimonio” a “nuestro espíritu” (cf. Rm 8,16)⁶⁷, y le enseñará la “verdad plena” (cf. Jn 16,13-14; 16,13). Este testimonio interno del Espíritu produce un conocimiento intelectual de la verdad de la fe, pero también existencial y práctico.

Con esta acción misericordiosa, en efecto, se le ofrece al hombre la posibilidad de salir de la ignorancia más profunda, aquélla que le impide conocer tanto la verdad de su identidad como la vocación altísima a la que está llamado. Así la catequesis ayuda a descubrir que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”, porque Cristo, el hombre nuevo, “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación⁶⁸. A la vez, es un aprendizaje que conduce a una transformación de todo el ser⁶⁹, con la que se muere al hombre viejo y a las obras propias de la carne, para nacer como hijos de Dios (cf. Rm 8,12-15), y vivir como hombres nuevos que se dejan guiar por el Espíritu y realizan sus obras. Finalmente, es un aprendizaje que conlleva entrar en “comunidad, en intimidad con Jesucristo” (cf. DGC 80; CT 5), fin último de la catequesis, para ser consortes de la riqueza de la misma vida divina: Dios enriquece nuestra vida con su Vida, nuestra humanidad con su Divinidad.

Esta inusual perspectiva, que bien podría considerarse como una especie de mayéutica espiritual, abre a una nueva mirada sobre el proceso catequístico y sobre quién es el protagonista en él. A la vez, conecta con la sensibilidad pedagógica actual que hoy centra su atención en el sujeto discente y en el

66 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, “Aprehensión”, en: *Diccionario de la lengua española*. Edición del Tricentenario, en: < <http://dle.rae.es/?id=3lD78Vc> (3-05-2016).

67 La expresión “el Espíritu Mismo da testimonio a nuestro espíritu” (v. 16) es ambigua en san Pablo. En algunos escritos paulinos esta expresión gramatical se usa para indicar lo que el Espíritu Santo realiza en el creyente: “espíritu de adopción” frente al “espíritu de esclavitud” (Rm 8, 15); “espíritu de mansedumbre” (1 Co 4,21); “espíritu de fe (fidelidad)” (2 Co 4,13); “espíritu de sabiduría y revelación” (Ef 1,17). Pero en otros textos, especialmente en 1 Corintios, san Pablo la usa para referirse a sí mismo o al espíritu del hombre redimido en Cristo (cf. 1 Co 2,11; 5,3,4; 7,34; 16,8; Col 2,5).

68 CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes* 22.

69 Cf. J. L. LORDA, *Para una idea cristiana del hombre. Aproximación teológica a la Antropología* (Madrid 2010) 69-82; M. MAZZEO, *Bibbia ed educazione. Per una nuova evangelizzazione* (Milano 2011) 149-212.

proceso de aprendizaje que él mismo desarrolla. En la catequesis, “el verdadero protagonista no es el maestro humano, sino más bien el discípulo, el cual, entre otras cosas, no está invitado tanto a ‘sacar fuera’ como a ‘buscar dentro’ (*quarere intus*)” donde Dios habla⁷⁰. La tarea del *maestro interior* es, a su vez, la de iluminar, no porque infunde un conocimiento, sino porque “literalmente hace ver” para que el catecúmeno, con sus capacidades, pueda ver lo que está dentro, la verdad que anida en él y que en apariencia está escondida⁷¹. La catequesis será una auténtica obra espiritual de misericordia, porque ayuda a descubrir “la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona” y que es la misericordia (MV 2). En todo este proceso, el catequista es sólo un testigo de la acción silenciosa del Espíritu y un facilitador de este proceso dialógico interno⁷².

Recapitulado lo dicho hasta aquí, la catequesis se considera una obra de misericordia espiritual. Primeramente, porque es una actividad de la misericordia de Dios por medio del Espíritu de Jesús; pero, a la vez, porque esta obra se desarrolla en el interior de la persona, en su cierno más espiritual. Sólo Dios, en Cristo por medio del Espíritu, puede penetrar en el espíritu humano y educarlo; sólo él puede comportarse como un verdadero “Maestro interior” que desarrolla dentro del catequizando este proceso de aprendizaje-enseñanza vital de toda la vida cristiana y de la fe, y cuya síntesis está en la misericordia. Así, la catequesis se convierte en un proceso que contribuye y favorece en la interioridad del discípulo el diálogo entre éste y el *Maestro interior*; es un proceso de auto-apropiación de esa verdad dialógica que habla dentro y habita en lo profundo del ser humano.

Pero además de lo ya dicho, la catequesis puede ser considerada una obra espiritual de misericordia por otro motivo. Con ella se logra no sólo una iluminación espiritual en el interior de la persona, como se ha dicho, sino también de su exterior y de todas las circunstancias que la envuelven, y a las que hacen referencia las obras de misericordia corporales y espirituales. Éstas son expresión de lo que un hombre puede llegar a padecer, o necesitar. Como dirá el Concilio, “por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad”

70 BIANCO, “Insegnare agli ignoranti”, 176 [416]. La traducción es mía.

71 Cf. *Ibid.*, 182 [422].

72 Cf. *Ibid.*, 174 [414] - 175 [415].

(GS 22). La catequesis ofrece una luz y un conocimiento sereno sobre la realidad que envuelve al ser humano, y con las obras de misericordia enseña al catequizando a descubrir que Dios está siempre atento a las necesidades de sus hijos, que las ve y las escucha, y en todo momento actúa para atenderlas; porque *eterna es su misericordia*.

En definitiva, enseñar a quien no sabe a través de la catequesis es una obra de misericordia porque, como todas ellas, es un acto de amor venido y realizado por Dios mismo, que es amor (cf. 1 Jn 4,8). El fundamento de las obras de misericordia es siempre la misma misericordia de Dios, en la cual se sustenta la posibilidad de serlo nosotros también, así como el imperativo de serlo para ser auténticos hijos de Dios y discípulos de Cristo. A pesar de todos nuestros esfuerzos por ser misericordiosos, sólo se llega a serlo y a realizar las obras de misericordia gracias al don de la misericordia divina, que nos precede, nos envuelve y acompaña nuestro obrar. Ella es la única que “transforma el corazón del hombre haciéndole experimentar un amor fiel, y lo hace a su vez capaz de misericordia [...], impulsándonos a amar al prójimo y animándonos a vivir lo que la tradición de la Iglesia llama las obras de misericordia corporales y espirituales”⁷³.

De este modo, el fundamento de toda evangelización⁷⁴ y por ello también de todo obrar catequético, es decir, tanto de la reflexión catequética como de la acción catequística, así como del catecismo, es el amor misericordioso. Al respecto decía el papa Francisco que “para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona” (EG 274).

En efecto, en la que puede ser considerada la primera obra cristiana de pedagogía catequética, *De Catechizandis rudibus*⁷⁵, san Agustín fundamenta

73 Cf. FRANCISCO, Mensaje para la Cuaresma 2016, 3.

74 Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii Nuntiandi* (8 de diciembre de 1975) 79.

75 AGUSTÍN, “La Catequesis de los principiantes”, en: *Obras Completas de San Agustín V* (Madrid 1988) 39; consultada en: <http://www.augustinus.it/spagnolo/catechesi_cristiana/index2.htm> (03-05-2016). En adelante *Catech.*, seguido de las referencias numéricas pertinentes.

todo actuar catequético a partir del amor y la misericordia que Dios tuvo con la miseria humana, manifestada sobre todo en Jesucristo. Para él, siendo la caridad y la misericordia de Dios el núcleo de la revelación cristiana y de lo que la Iglesia transmite, es también la condición fundamental de todo aprendizaje cristiano y de la catequesis: es su fin último y meta; su objeto y su contenido; y es el fundamento de toda relación educativa y de toda pedagogía.

Por eso, para san Agustín, no hay duda de que la catequesis es una obra de misericordia. Lo dirá explícitamente en el último apartado de la primera parte de la obra, al tratar de las siete causas que pueden entristecer al educador. Ante la conciencia de la propia indignidad del catequista por causa de algún error o pecado, san Agustín afirma que la catequesis se convierte en una “ocasión de una obra de misericordia” para saciar “con la Palabra de Dios la inteligencia de quien tiene hambre de ella”⁷⁶. Aquí se ve perfectamente cómo “interviene la misericordia de Dios, por medio del ministerio del catequista, de modo que aquel hombre, conmovido por el discurso, desee de verdad hacerse lo que antes pensaba simular”⁷⁷. Inversamente, también se puede pensar que la catequesis se vuelve para el mismo catequista una obra de misericordia, porque en su indignidad puede llegar a sentir la misericordia infinita de Dios y de su amor.

2. LA CATEQUESIS, COMO OBRA ESPIRITUAL, EDUCA “CON” Y “DESDE” LA MISERICORDIA

La catequesis, como obra de misericordia, educa con una lógica propia: “con” y “desde” la misericordia. Como acto y proceso educativo de *aprendizaje*, concretamente, lo hará con la pedagogía de la misericordia, que es ante todo, una pedagogía del amor.

Para san Agustín, fundamentándose en el actuar amoroso y misericordioso de Dios, el principio educativo y pedagógico catequético se define como la “obligación de obrar siempre, al tratar con los hombres, con misericordia y como deber de la más sincera caridad”⁷⁸. La efectividad pedagógica de este

⁷⁶ *Catech.* I, XIV, 22.

⁷⁷ *Catech.* I, V, 9.

⁷⁸ *Catech.* I, XIV, 20.

principio, que se suma a la realidad teológica indicada arriba, para él se demuestra en el hecho de que “si hasta un corazón encendido se abrasa más todavía al sentir que es correspondido en su amor, es evidente que no hay causa mayor para iniciar o aumentar el amor como el darse cuenta de que es amado quien todavía no ama, o que es correspondido el que ya amaba, o que espera ser amado o comprueba que ya lo es” (Catech. I, IV, 7). “Por consiguiente, –concluye– teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame” (Catech. I, IV, 8).

En términos similares, san Juan de Ávila, gran maestro, catequeta y catequista, entre los “avisos” y normas que traza para los catequistas (al final de la “Doctrina Cristiana”) indicaba: “El que ha de enseñar la doctrina cristiana debe ser muy humilde, manso, benigno y amoroso, y debe mostrar mucha alegría con todos [...], para que le tengan amor”⁷⁹. El *Catecismo Romano* de Trento, por su parte, lo expresaba con las siguientes palabras que se recogen en el Prólogo del actual *Catecismo*:

Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso creer, esperar o hacer; pero sobre todo debe resaltarse que el amor de Nuestro Señor siempre prevalece, a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el amor, ni otro término que el amor⁸⁰.

De este modo y concretamente, se educa “con” y “desde la misericordia”, cuando se ayuda a descubrir “la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona” y que es la misericordia (MV 2). La Iglesia, *Madre y Maestra* –como dice el CCE en la parte donde, precisamente, aborda las obras de misericordia (CCE 2030-2031)–, ayuda con la catequesis a descubrir y a hacer aflorar esa ley en cada hombre. A fin de cuentas, éste es uno de los significados etimológicos de *educar*, que remite al verbo latino “*ducere*” (guiar, conducir) a la verdad que nos habita; y el cual precedido de la partícula “*ex*”, significa

79 JUAN DE ÁVILA, “Algunos documentos o avisos para gloria del Señor y mejor enseñar la doctrina”, en: *Obras completas del santo Maestro Juan de Ávila* (T. 6) (Madrid 1970) 478.

80 *Catechismus Romanus, Proemium*, n. 10; extraído de: CCE 25.

“sacar, llevar o conducir desde dentro hacia a fuera” esa verdad⁸¹, para que informe, forme y transforme toda la vida de quien la ha descubierto.

Se educa “con” y “desde la misericordia” (del latín *educare*), cuando se cría, nutre o alimenta desde fuera, con un conocimiento mayor, la verdad que habita al hombre. Con la catequesis se ayuda en el crecimiento del conocimiento de la verdad del evangelio, en la vida espiritual de la fe, y a alcanzar así una madurez cristiana. En la Carta a los Hebreos (5, 12) y en la primera a los Corintios (3,1-2), san Pablo indica que el cristiano que se contenta nada más que con los rudimentos de la fe es como el que solo “bebe leche”; mientras que aquel que procura robustecer su fe y profundizar en el conocimiento del Señor y de la vida cristiana es el que “come carne”. Para el Apóstol, la persona natural o carnal es como un “niño” en Cristo, que sólo puede alimentarse de la “leche” espiritual. Pero el cristiano no debe conformarse con este estado y debe aspirar a comer la “carne” del Evangelio, es decir, a pensar y a actuar de acuerdo con la voluntad de Dios y con el Espíritu Santo.

En este sentido, la catequesis educa aprendiendo a alimentarse y a nutrirse de este alimento. Enseña a saber (del latín *sapere*) gustar y saborear esta sabiduría⁸². En fin, ésta acompaña ese paso progresivo que va de la leche espiritual del Evangelio a la carne del conocimiento de Dios, y finalmente a la participación en la carne del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía. Por lo tanto, y empleando la imagen de la gestación de la vida, se educa ayudando a gestar y a alimentar la verdad que anida en el interior de las personas, y contribuyendo a su alumbramiento exterior cuando llega el tiempo.

En tercer lugar, la catequesis educa “con” y “desde la misericordia”, cuando *enseña* (del latín *insigno*) señalando, distinguiendo, mostrando o poniendo delante del catequizando la verdad que conviene al hombre, sobre su identidad y su vocación; y enseña (del latín *in-signare*) cuando signa, grava o escribe esta verdad dentro del hombre de manera indeleble y permanente⁸³. En el alma y en el espíritu de las personas sólo Dios puede entrar. Los Santos Padres para explicar el carácter sacramental, o marca indeleble que particularmente dejan los sacramentos que imprimen carácter, entre ellos dos de la iniciación

81 Cf. G. M. SALVATI, “Educación”, en: Aa.Vv., *Diccionario Teológico Enciclopédico* (Estella 2003) 295; M. S. SAAVEDRA R. (compilador), *Diccionario de Pedagogía. 500 términos especializados* (México 2008) 56.

82 Cf. SAAVEDRA R. (compilador), *Diccionario de Pedagogía*, 56.

83 Cf. *Ibid.*, 63.

cristiana (el Bautismo y la Confirmación), recurrían al ejemplo de la marca o la impresión que deja un sello. Continuando y ampliando la analogía, se podría decir que la catequesis, que está al servicio siempre de la iniciación cristiana, educa “con” y “desde la misericordia” preparando la incisión que dejarán los sacramentos, o si ya se han recibido, recalcando la marca espiritual indeleble que se ha producido en el interior del creyente, amplificándola, recordándola, para no dejar que se difumine, si bien nunca llegará a desaparecer del todo porque por el sacramento es indeleble.

En fin, la catequesis educa “con” y “desde la misericordia” cuando *instruye* (del latín *instruere*), para penetrar en el sujeto y ayudarle a que construya, reúna o disponga ordenadamente las ideas y los conocimientos que posee, *escuchando* para ello las mociones del Espíritu, que quiere habitar dentro de él como en un templo (cf. 1 Co 3,16; 6,19). Ésta es una concepción de educación cercana al de instrucción o enseñanza del Antiguo Testamento⁸⁴.

V. LA EMERGENCIA EDUCATIVA DE LA MISERICORDIA: UNA CATEQUESIS PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Actualmente, son muchas las voces que en diversos ámbitos vienen empleando expresión emergencia educativa⁸⁵. Entre éstas, de las más autorizadas, han sido las del papa emérito Benedicto XVI y su predecesor san Juan Pablo II⁸⁶. Cuando se habla de emergencia educativa se está queriendo indicar no solo que la educación *es urgente*, porque *corre prisa*, sino también que hoy en día es *prioritaria* y hay que atenderla antes que a otras tareas, que también son importantes e incluso urgentes, aunque no tan vitales. En la educación, en efecto, nos jugamos “uno de los puntos clave en que se debate nuestra civilización”, que se sustenta sobre las pautas educativas, y por ello es vital⁸⁷.

84 Cf. M. MAZZEO, *Bibbia ed educazione*, 42-72.

85 Al respecto, y particularmente, sobre la naturaleza y las claves de la emergencia educativa, y su fenomenología: cf. J. LÓPEZ MEDEL, *Emergencia de la educación en la sociedad contemporánea. Del Sínodo de Obispos, 2012, a la elección del Papa Francisco* (Madrid 2013) 21-26.

86 Cf. E. ALBURQUERQUE FRUTOS, *Emergencia y urgencia educativa. El pensamiento de Benedicto XVI sobre la educación* (Madrid 2011).

87 LÓPEZ MEDEL, *Emergencia de la educación en la sociedad contemporánea*, 7.

En la *Introducción* del *Instrumentum laboris* “Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva”, al respecto de la *emergencia educativa* se indica que “con esta expresión nos referimos a las dificultades de establecer relaciones educativas que, para ser auténticas, tienen que transmitir a las jóvenes generaciones valores y principios vitales, no sólo para ayudar a cada persona a crecer y a madurar, sino también para concurrir en la construcción del bien común”⁸⁸. Por su parte, en el *Instrumentum laboris* del Sínodo de los Obispos sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, se decía que “esta tarea educativa, hoy se desarrolla en un contexto cultural en el cual cada forma de acción educativa aparece más difícil y crítica, a tal punto que el mismo Papa Benedicto XVI ha hablado de “emergencia educativa”, aludiendo a la especial urgencia de transmitir a las nuevas generaciones los valores básicos de la existencia y de un recto comportamiento. Por lo tanto, crece en igual medida, la exigencia de una educación auténtica y de educadores que sean realmente tales”⁸⁹.

Benedicto XVI señalaba también las causas de esta situación: “un falso concepto de autonomía del hombre: el hombre debería desarrollarse sólo por sí mismo, sin imposiciones de otros, los cuales podrían asistir a su autodesarrollo, pero no entrar en este desarrollo”; y, por otro lado, una segunda raíz que se encuentra “en el escepticismo y en el relativismo o, con palabras más sencillas y claras, en la exclusión de las dos fuentes que orientan el camino humano”, y que son, por un lado “la naturaleza”, donde Dios nos habla y nos muestra los valores verdaderos y las orientaciones fundamentales; y, por otro lado, “la Revelación”, con la que éstos son descifrados⁹⁰. Así pues, “las raíces de la emergencia educativa actual pueden ser descubiertas en el imponerse tanto de una antropología caracterizada por el individualismo, como de un doble relativismo, que reduce la realidad a una mera materia manipulable y la revelación cristiana a un mero proceso histórico privado de carácter sobrenatural”⁹¹.

88 CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrumentum Laboris Educare oggi e domani. Una passione che si rinnova* (7 de abril de 2014).

89 SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Instrumentum Laboris La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana* (19 de junio de 2011).

90 BENEDICTO XVI, Discurso a los participante en la 61ª Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana (27 de mayo de 2010): *L'Osservatore Romano* (edición española, 6 de junio de 2010) 3.

91 SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Instrumentum Laboris La nueva evangelización*, n. 151.

La crisis que esta situación produce se evidencia todavía más en el caso de la transmisión y educación de la fe en general y, de modo particular la educación catequética⁹², debido a la fuerte carga humanizadora y de valores espirituales que posee la revelación evangélica. La catequesis en este contexto se muestra como una auténtica *emergencia/urgencia* educativa; e, igualmente por ello, como una obra de misericordia urgente para nuestro mundo, al menos por dos motivos:

En este contexto el empeño de la Iglesia por educar en la fe, en el seguimiento y en el testimonio del Evangelio, asume el valor de una contribución a la sociedad para sacarla de la crisis educativa que la aflige. En el campo educativo, las respuestas describen una Iglesia que tiene mucho para dar, como la idea de educación que ha sabido difundir en el mundo, con el primado de la persona y de su formación, así como también la voluntad de dar una auténtica educación, abierta a la verdad, de la cual forma parte el encuentro con Dios y la experiencia de la fe⁹³.

Todavía más profundamente, algunas respuestas dan ulterior valor y resalto a este empeño educativo de parte de la Iglesia, porque es un instrumento para poner en evidencia la raíz antropológica y metafísica del actual desafío acerca de la educación⁹⁴.

Educar hoy en la fe, por lo tanto, es una emergencia y una urgencia, y ha de ser tomada esta tarea por parte de la Iglesia como una obra de misericordia⁹⁵. Educar a través de la catequesis “en” y “para” la misericordia, así como “con” y “desde” la misericordia, es igualmente necesario, sobre todo en un mundo como el nuestro tan materialista e individualista. Desde este punto de vista, la catequesis cumple una gran obra de misericordia con el mundo y con las nuevas generaciones cristianas, pues les abre a un gran horizonte de humanidad que va más allá de la realidad presente, así como a una fraternidad e igualdad universal auténticas, porque se sustentan en la paternidad divina.

92 Cf. PONTIFICIA COMISIÓN PRO AMÉRICA LATINA, *La emergencia educativa y la tradición de la fe a las nuevas generaciones latinoamericanas. Recomendaciones pastorales* (Città del Vaticano 2014).

93 SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Instrumentum Laboris La nueva evangelización*, n. 150.

94 *Ibid.*, 151.

95 Cf. BIANCO, “Insegnare agli ignoranti”, 183 [423].

El mismo papa Francisco es consciente de la urgencia de esta obra de misericordia, porque aunque si “tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia” (MV 10), no obstante hoy, afirmaba, “la Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios” (MV 25). “Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo (MV 25); y a esta tarea contribuye la catequesis.

El mundo necesita de esta misericordia. En ella es urgente que sean educadas las nuevas generaciones. Pero la Iglesia, para desarrollar su actividad y cumplir con su misión, también la necesita. Decía el papa en la Audiencia General al día siguiente de la apertura de la Puerta santa de la Misericordia en san Pedro, que el Jubileo no sólo es bueno para ella, sino que “la Iglesia necesita de este momento extraordinario” porque “en nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios”⁹⁶. Desde el comienzo de su pontificado, el Papa ha mostrado que deseaba afrontar esta nueva etapa evangelizadora de la Iglesia haciendo como lo hizo el mismo Jesús: saliendo a los caminos, desde Galilea hasta Jerusalén, para anunciar la Buena Nueva del amor y la misericordia de Dios a todos los hombres, la única que puede llenar el corazón del hombre de alegría. En su primera exhortación (*La alegría del evangelio*), por ello, soñaba con una “Iglesia en Salida” que llegue a “todas las periferias” (EG 20-24) con la misericordia de Dios.

El empeño del papa Francisco para que durante este Año Jubilar todos los cristianos reflexionen y pongan en práctica las obras de misericordia implica, necesariamente, la creatividad evangélica para salir al paso de las nuevas realidades de hoy (cf. EG 210), muchas de las cuales constituyen auténticas “periferias geográficas” y “periferias existenciales” (v. EG 46; 20, 63, 191). A partir de esta invitación, y secundando el actuar de Dios, la Iglesia está llamada, es más, está urgida a realizar tantas obras de misericordia materiales y espirituales, como necesidades se den en estas *periferias*.

La asociación entre “periferia” y catequesis la hacía el propio Papa durante su discurso del 27 de septiembre de 2013 a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Catequesis. En él confesaba que “una de las

96 FRANCISCO, Audiencia General (9 de diciembre de 2015).

periferias que más dolor me causa y que vi en la diócesis que tenía antes” es “la de los niños que no saben santiguarse”⁹⁷. En esta línea, el Jubileo de los Catequistas en este Año de la Misericordia que se celebrará en Roma durante los días 23-25 de septiembre, tiene como marco de fondo el lema del Pontificado del Papa Francisco, “Misericordia atque eligendo”, que puede traducirse como “lo miró con misericordia y lo eligió” o “Amándolo lo eligió”, y que el Pontífice tomaba de una de las homilías de San Beda comentando la llamada de Jesús a San Mateo Apóstol⁹⁸. Se pretende con ello mostrar la catequesis y la tarea del catequista, en esta nueva etapa de evangelización en la que nos encontramos, como una obra de misericordia espiritual urgente y prioritaria.

Desde hace algunos años que habla de la necesidad de una *catequesis evangelizadora*, que logre ir más allá de la sola preparación sacramental y doctrinal para conseguir realizar una verdadera iniciación a la entera vida cristiana, a la Iglesia y a su misión. La catequesis, como una obra de misericordia urgente, ve así reforzada su importancia en el proyecto de evangelización de la Iglesia. En este sentido, si el mismo hecho de que Benedicto XVI hubiese transferido las competencias de la catequesis desde la *Congregación para el Clero al Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*⁹⁹, se ha visto como una revalorización de la dimensión evangelizadora permanente de la catequesis; igualmente, con el presente Jubileo de la Misericordia, confiado a este Pontificio Consejo por el actual Pontífice, se le brinda a la catequesis, y a la evangelización en general, unas posibilidades de desarrollo ulteriores, que obligan a reflexionar sobre la dimensión evangelizadora de la misericordia para la catequesis, y ponerla después en práctica a través de concretos proyectos y programas de catequesis.

En la misericordia y en sus obras, precisamente, se puede encontrar una clave más, y muy importante, para la construcción del tan deseado *nuevo paradigma catequético* de esta nueva etapa evangelizadora y de nueva evangelización. La nueva perspectiva que se ha querido mostrar en este artículo evidencia un aspecto de la catequesis que no se ha desarrollado mucho, al menos recientemente: considerar la catequesis no sólo como una actividad

97 FRANCISCO, Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Catequesis (27 de septiembre de 2013).

98 BEDA EL VENERABLE, *Hom.* 21; CCL 122, 149-151.

99 Cf. BENEDICTO XVI, Carta Apostólica en forma de “Motu Proprio” *Fides per doctrinam*, con la que se modifica la Constitución apostólica *Pastor bonus* y se traspa la competencia sobre la catequesis de la Congregación para el clero al Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización (16 de enero de 2013).

evangelizadora de la Iglesia con la que se transmite la fe y la revelación, como lo hace el actual DGC, sino también como una obra de misericordia. En consecuencia, este enfoque permite abrir nuevos horizontes a la reflexión catequética y a la renovación de la práctica catequística, sobre todo en un tiempo como el nuestro en el que muchos evangelizadores y catequistas desconfían de la posibilidad de la catequesis para la nueva evangelización.

La misericordia, en primer lugar, recuerda a la catequesis que su identidad se define como una obra sagrada porque supone una continuación del actuar misericordioso de Dios y de su revelación; a la vez que recuerda al catequista que la caridad pastoral es la motivación y la finalidad profundas por las que se hace catequesis, aun cuando las situaciones personales o ambientales sean adversas: *todo por amor, con amor y para el amor*.

Por otro lado, el nuevo enfoque abre una nueva perspectiva a la comprensión del catequista y su tarea: es Cristo que, como *Maestro interior*, con la fuerza del Espíritu, hace resonar dentro del catequizando la Palabra de Dios, la cual previamente ha escuchado por el anuncio evangélico en la etapa misionera. La catequesis debe crecer en la conciencia teórica y práctica de que es el Espíritu, que habita en el catequista, el que habla al espíritu, que habita en el catecúmeno, para iniciarlo a la vida cristiana hasta llevarlo a la madurez en Cristo. Reforzando esta dimensión pneumática de la catequesis es como la catequesis crece en esa necesaria *dimensión kerigmática* de la que habla el Papa (cf. EG 164-165).

Finalmente, esta orientación de la misericordia consolida en el proceso catequístico y, particularmente en su pedagogía, la convicción catequética de la centralidad del catequizando en situación (en su concreto contexto vital). Entre otras cosas, a él se le solicita no tanto a “sacar fuera” de sí como a “buscar dentro” esa verdad que le habita desde su Bautismo. Esta sensibilidad catequética coincide con la opción educativa actual por un aprendizaje donde el discente se convierte en el protagonista de su propio proceso. Pero, a la vez, se introduce en esa otra dimensión catequética recomendada por el papa que es la *mistagógica* (EG 166-168), la cual ayuda a la adecuada unión entre catequesis y liturgia.

